

El segundo pecado

Escribe: ADEL LOPEZ GOMEZ

— I —

En aquel tiempo ya distante, no era gran cosa el negocillo de Gilberto Ramos. Apenas algo que surgió de sí mismo, por decirlo así. Ni siquiera una pequeña tienda que pudiera llamarse tal. Solo la tarima burda, de cuatro tablas para formaleta, montadas sobre dos burros y tomadas en préstamo, con permiso del maestro de obras, al celador y herramientero de la urbanización en esbozo. Sobre el precario soporte unas botellas de cervezas y gaseosas, cigarrillos, fósforos, y pare usted de contar.

Mientras fue solo movimiento de tierra y trabajos de explanación, el personal se reducía a un tractorista viejo, experto y cachazudo, que apenas cesaba de moverse en toda la jornada laborable para tomar un refresco a la mitad de los dos tiempos, y unos cuantos paleadores que complementaban su tarea desde el talud hasta la barranquera.

Para ellos puso Gilberto, bajo el cobertizo, su diminuto expendio que excluía, por veda del ingeniero director, toda clase de alcoholes etílicos. Era un muchacho menudo y escaro, de lacio pelo caído sobre la frente y pequeño bigote encima de la boca sonreída y agradable. Cobraba jornal de vigilante nocturno. Pero como tenía su catre de hierro junto al arrume de materiales y almorzaba en una casita cercana, dormía a trechos durante el día y se quedaba allí para atender la clientela. Sin estar obligado a hacerlo prestaba en su tiempo propio, gratuitamente, servicios de ocasión. Ayudó a instalar un teléfono de emergencia y se personó en la tarea de atenderlo. Iba al centro de la ciudad para cumplir un encargo, cobrar un cheque, buscar una herramienta. Limpiaba el coche del ingeniero mientras este daba un vistazo a las obras. La deformidad de su pie izquierdo que, descalzo, con tres deditos arracimados hacia arriba, daba la impresión singular de un puño cerrado, no afectaba la eficiencia del hombre en el trabajo ni en la marcha. Pero no era fácil a nadie ver aquel pie desnudo, bajo ninguna contingencia. Y aún más tarde, cuando Gilberto Ramos decidió tomar estado, solía tenerlo hasta en la intimidad cubierto por una media gruesa, de buen tejido. Lo cual, contradictoriamente, no parecía sig-

nificar una preocupación por su pie frustrado sino, tal vez, cierto afán de demostrar, en todo momento, que así y todo, el suyo era, como otro cualquiera, un buen pie funcional y seguro.

— II —

Cuando las obras se iniciaron en forma para la construcción inicial de una veintena de casas modestas, fue necesario ampliar el cobertizo de materiales. Así se hizo. Vinieron canteros y mamposteros, pegadores de piedra y ladrillo, expertos en desagües y alcantarillas. Todo ello trajo para Gilberto una especie de elevación jerárquica dentro del personal y una retribución mejor. Tenía a su cargo gran variedad de elementos permanentes y cosas fungibles. Llevaba un registro de entregas y préstamos y se responsabilizaba de todo ante el ingeniero director. Tomó conciencia de ello con mucha seriedad y a sus polvorosos talonarios no se les escapaba nada.

También el negocio se benefició con los nuevos desarrollos. Por concesión del jefe que le tenía afecto y quería conservarlo, había construido una barraca provisional sobre veinticinco varas de suelo. Se encontraba allí todo lo usual y corriente para una parroquia de trabajadores que bebía, fumaba y comía y a veces se llevaba para su casa una botella de vino dulce, un tarro de galletas, unos kilos de granos o cosa así. Su hermano Gualterio, un mozo de dieciséis años, despabilado y activo, despachaba allí a todas horas. Gilberto se asomaba por la tienda de vez en cuando para ver cómo marchaban las cosas. Al terminar su tiempo laboral iba a contar el producto de las ventas y calcular las necesidades de nuevo aprovisionamiento.

Para el cupo de construcciones del segundo año, Gilberto Ramos logró ser admitido entre los adjudicatarios. Y con él, por excepción, se hizo la de proyectar una edificación de dos plantas, atendida su necesidad especial de vivienda y alojamiento para el negocio.

Aún era precaria su economía para empresa tal. Pero mediado el plan anual, gracias a la ayuda y buena voluntad del urbanizador, la obra negra estaba terminada y el techo puesto. Y “La Revancha” —pues ahora la tienda tenía nombre— quedó instalada en la planta baja, siempre bajo el cuidado de Gualterio Ramos.

En el tiempo de diciembre en que Gilberto se casó con Ana Claudina Esteves, la casa seguía inconclusa. Sobre las vigas del segundo piso fue preciso poner aunque fuese un tablado suelto, para improvisar dos habitaciones y una cocina. Los muros exteriores de ladrillo continuaban sin revoque, y adentro las divisiones eran solo un costillar oscuro. Pero Claudina, buena mujer sin pretensiones, estaba contenta. Esperaba y cooperaba. Solo un mes después de casada bajó del segundo piso y asumió el manejo de la tienda. Gualterio fue relevado e ingresó como aprendiz y ayudante de carpintero en las construcciones.

Fue por entonces para ambos —marido y mujer— una época de actividad inusitada. Gilberto se levantaba antes de las seis para atender debidamente su nuevo cargo de almacenero y, a partir de esa hora, la tarea le

absorbía. Era un trabajo constante y alegre que no le daba tiempo de aburrirse. Por lo demás Ana Claudina se bastaba en el ajetreo de la tienda, como si aquella hubiera sido su ocupación de siempre. La fácil sonrisa de su carita morena y el atractivo de su móvil persona cayeron bien en el vecindario nuevo. La clientela crecía y el negocio se ensanchaba. Hacia fines del primer año de matrimonio, la casa hubiera podido quedar terminada sin mayores apuros. Los dos habían economizado peso a peso más de la mitad de sus ingresos comunes, con la finalidad primordial de tener algún día la casa mejor del barrio. Y a tal punto era esto cierto por parte de Claudina, que el dinero solo tenía para ella una equivalencia concreta y objetiva en sacos de cemento o arena, maderas, pinturas, jornales para futuros operarios. Mas sin que ella lo supiese, la ambición del marido iba tomando otros derroteros y se nutría de distintos incentivos. No era, como la suya, una ambición abierta sino, al contrario, una codicia ciega, cerrada, obsesiva, (este mes completaré 4.200... completaré 5.100... llegaré, si me apuro un poco, a los 6.300).

Las cifras le hechizaban. Las pequeñas y las mayores. Desde cuando el negocio empezó a rendir utilidades apreciables, Ana Claudina —que de soltera fue por algún tiempo vendedora en un almacén de novedades femeninas— hubiera querido abrir por sí misma cuenta en el banco, tener chequera, darse el pequeño lujo de llenar uno de sus folios en la agencia de bebidas, el granero, el almacén de abarrotes que surtían los estantes de “La Revancha”, y pagar su remesa expeditamente como un comerciante bien acostumbrado. Le disgustaba sin saber por qué extraer del fondo de su cartera el apretado dinero y contarlo, escrupulosa, como si el hacerlo fuese, de algún modo, conducta triste y mezquina. Su marido, por el contrario, amaba el dinero, su forma física, su color y volumen, el solitario y escondido deleite de poseerlo, acariciarlo, aumentarlo, solo por ser el dinero.

Ocurrieron en el tercer diciembre dos hechos paralelos: el licenciamiento de Gilberto Ramos por cierre del plan urbanístico y la inminente maternidad de Claudina. El hombre volvió a su tienda y la mujer a sus habitaciones para mejor cuidar del embarazo. Bajaba a veces, por excepción, si el marido tenía necesidad absoluta de ausentarse.

Soñó ella muchas veces en la dicha de dar a luz su hijo primero en una alcoba verdadera, pintada al óleo en color marfil, con pisos tersos y acogedor ambiente. El saber que ya no lo lograría deslustró mucho la maternal ilusión. Había trabajado tanto y tan gozosamente por tener aquella alcoba que pudo hacerse, al igual que todo lo demás, si Gilberto lo hubiera deseado en verdad...

Fue él, no obstante, quien planteó un día la situación escueta:

—No estarás muy cómoda para tener un hijo en la casa inconclusa.

Ella contestó con desgano:

—Sí, ya lo sé...

—Podrían hacerse arreglos aunque fueran provisionales...

—No. Ya sabes que no quiero nada provisional.

Hubiera querido agregar que él la había defraudado en su más caro anhelo y expresar, de alguna manera, que lo estimaba así tanto por ella como por su hijo.

Momentáneamente cortado por el tácito reproche, dijo a modo de disculpa:

—He pensado en el asunto todos estos días...

—Claro —soslayó Claudina— que puedo ir a una clínica, ¿no?

—Sí, claro... Podría ser... Son tan costosas las clínicas...

—Se hará lo que tú quieras.

Ramos pareció dudar unos minutos. Luego dijo como al azar, casi tímido:

—Podrías ir a alguna parte.

Claudina tuvo la impresión de no haber entendido, de haber oído mal.

—¿A alguna parte? ¿A dónde, por ejemplo?

El parecía querer salir pronto de un trance molesto. Dijo brusco:

—No. Simplemente se me ocurría que podrías irte a Cali, a casa de tu hermana Olga...

—¿Y tener allí el niño?

—¿Por qué no? Ella misma te lo ha propuesto varias veces. Estará contenta de verte otra vez y tenerte en su casa.

—Es distinto... ¿comprendes? En cualquier tiempo me habría gustado. Tú sabes cuánto la quiero. Es mi hermana mayor, casi mi madre... Pero eso de ir así...

—¿Qué tiene de particular? —dijo él un tanto inseguro—.

—No sé, Gilberto... No sé... Es como raro... Es como triste... A mí me parece que no somos tan pobres como para eso...

Ramos sintió la humillación, por velada que fuese, y quiso escapar por el atajo de la violencia.

—Ah... ¿Entonces es que somos ricos? Una clínica es lo que quieres, ya lo se. Es lo que se acostumbra ahora... Cómo no... Lo sé muy bien. Pero yo, digamos, no necesité ninguna clínica para venir al mundo.

Lo dijo con aspereza y luego cortó en seco, como si se forzara a callar otras razones. Claudina no dijo más nada. Se sentía vejada y triste. Comprendía, además, que también ella debía callarse, guardar para sí el amargo resentimiento. Remató después de un largo silencio:

—Está bien. Me iré cuando tú digas.

Lo hizo dos semanas más tarde.

No era agradable pasar las tardes y las noches sin Ana Claudina. Solo en las mañanas y para esos menesteres domésticos de las primeras horas que tanto requieren una activa y diligente mano femenina. Había que improvisar un desayuno rápido antes de las siete, consumirlo aprisa y bajar a abrir la tienda. En los primeros días, sostenido todavía por las costumbres de orden de su mujer, lavaba y colocaba en su sitio la loza después de haberla usado. Luego tendía la cama en que había dormido y hacía lo que él consideraba una especie de barrido. Pero luego, prontamente, esas ocupaciones de mujer le aburrieron. Se daba a sí mismo la disculpa de que a las seis y media la tienda debía estar abierta para esa clientela de obreros madrugadores que van al trabajo y que, a última hora, necesitan por lo menos un paquete de cigarrillos y una caja de fósforos.

No. No era agradable ni práctico estar solo. Bien lo experimentaba —cada vez más— a medida que el tiempo pasaba. Pero había un sector de su personalidad que se hallaba cómodo y en libertad. Quería a su mujer y la echaba de menos constantemente porque era cariñosa y útil y se desempeñaba por sí misma sin necesidad de consejo en muchas cosas de la responsabilidad solidaria. Pero el hecho cierto de tenerla ausente permitía que algo de su carácter, algo que el matrimonio tuvo reprimido, pudiera holgarse y producirse. Era su pequeña trampa en el juego conyugal. La misma que le hizo retardar la conclusión de la casa, no de un modo bien deliberado sino por pereza de invertir el dinero y rebajar el guarismo de su caudal en la forma cifrada en que lo tenía inscrito dentro de la mente: 7.090... 8.012... 8.420...

No sin secreta vergüenza de sí mismo, Gilberto Ramos se dijo que bien podían tolerarse esas incomodidades de la ausencia de Ana Claudina si a cambio de ellas, sin que pareciese cosa forzada, podía endosarle a su cuñada la carga económica de recibir a su hijo y alojar a su mujer.

A la sazón estaba perfectamente tranquilo. Había recibido una carta de su mujer pocos días después de instalada en casa de Olga. Estaba bien. La hermana la había recibido con sencillo afecto, dichosa ante la perspectiva de tener a Claudina bajo su techo y estar presente a la llegada del sobrino. Era una viuda de mediana edad, sin más que una hija ya mayor, dueña de algunos bienes que le permitían decorosa vida. ¿Por qué preocuparse, entonces?

Otro día, sin pensarlo dos veces, Ramos arrendó el piso superior de la casa. Encontró ventajoso hacerlo por considerar que la eventual renta le permitiría efectuar algunas de las inconclusas obras sin tener que desembolsar nada de su dinero. Se arrinconó abajo, con sus escasos muebles, luego de improvisar recursivamente una especie de cuarto ciego y lúgubre detrás de la tienda.

Por fines de enero nació el hijo y un mes más tarde Ana Claudina —aún sin mediar sugerencia alguna del marido— anunció su regreso. Pero no, no podía ser ahora, precisamente ahora. Gilberto le escribió una carta larga y cautelosa para retenerla, cuidándose mucho de no expresar las

verdaderas razones... ¿Qué afán tenía? ¿No era preferible aguardar cierto tiempo al lado de su hermana, mientras el chico se hacía más fuerte? Además las cosas andaban mal en el último tiempo. Se vendía poco. A pesar de que "La Revancha" estaba siempre abierta, la mayor parte de la clientela —sin que él supiese por qué— se había desplazado a la tienda de Diofanor Sánchez, la más surtida del barrio, una cuadra más abajo, junto al retén de los carabineros. Las ratas habían hecho un estrago tremendo en el estante de granos... En fin... Precisamente por eso había dejado de enviarle la asignación mensual, como estaba convenido.

Terminó de garrapatear su misiva y luego de meterla en el sobre se sintió contento de haber podido concebirla tan pormenorizada y convincente. En tanto se había hecho tarde. En el piso superior los inquilinos dormían. Eran gente calmada y apacible. Tampoco afuera quedaba uno siquiera de los ruidos familiares: el postrer autobús, que entraba en su ramada cercana algunos minutos después de las once; el sordo rumor de las botas de caucho de Eladio Rodas que hurtaba un cuarto de hora a la "vigilancia privada" del barrio para arrimarse a su casa y tomar una taza de café...

Gilberto Ramos apartó silenciosamente el pesado cajón de trebejos que estaba detrás de su cama. Levantó luego una cuarteada hoja de eternit, y descubrió al fin lo que parecía oculta cámara del acueducto municipal, con su estriada tapa metálica y su media argolla empotrada en la mitad. Allí estaba el dinero. Sabía de memoria, con exactitud, la cantidad guardada y, con toda precisión, la que luego habría cuando hubiese depositado el ahorro de esta noche. Pero aún así quería contarlo de nuevo. Verificar la colocación de los fajos de billetes que se enfilaban de izquierda a derecha, de mayor a menor: los de 500, los de 100, los de 50 y por último los de más bajas denominaciones. Era deleitoso comprobar que los paquetes más delgados eran precisamente los más valiosos. Solo en los dos primeros había ya una pequeña fortuna. Los extrajo todos de su escondrijo y los fue alineando amorosamente sobre la cama. Quería verlos así, desplegados bajo la luz pálida de la alta bombilla marcada de puntitos negros por las moscas, superpuestos por los anversos, de modo que al repasarlos con el dedo pulgar, ofreciesen a sus ojos la repetición incitante de sus valores hasta llenarle de un júbilo callado, ceñudo, marcado de secreta ansiedad. Luego, como todas las noches, los emparejó sin desatarlos, debajo de la almohada para darles calor durante el sueño...

— IV —

Ana Claudina regresó una noche, con su hijo, inopinadamente. Ramos la vio aparecer a la puerta del negocio, a la hora misma en que se disponía a cerrar y poner por dentro la gruesa tranca de listón. No pudo reprimir la sorpresa ni ocultar el disgusto:

—¿Qué es esto? ¿De dónde sales a semejante hora? ¿Cómo fue que te viniste sin avisar siquiera?

Ella, fatigada, soltó su maletón de cuero falso en el umbral y retuvo contra el pecho el envoltorio con el niño dormido. Luego dijo con lasitud:

—Tenía que venirme... De todos modos aquella no era mi casa.

Supo en seguida que tampoco esta lo era. Lo supo cuando el hombre tomó su equipaje para conducirlo al interior de la tienda. Ella lo siguió, inquieta y desconcertada.

—¿Por qué aquí?

—Porque arriba la casa está ocupada.

—¿Ocupada?

—Sí. La alquilé desde que te fuiste. ¿O es que podías figurarte que iba a tener una casa sola para mí?

—¿Y entonces?

—¿Entonces qué? Aquí estaremos bien por unos meses, mientras se vence el contrato.

La mujer estaba demasiado abatida para discutir nada, y de repente comprendía que era inútil hacerlo. Que estaba sola con su hijo, en extremo sola y cansada. El dijo luego, tratando de ser amable y, en realidad mostrándose vacilante y mezquino:

—Ya verás, Claudina, que no es tan malo como lo supones. He hecho algunos arreglos... Te aseguro que estaremos cómodos... Si me hubieras avisado que venías... Pero bueno, ya está. Nos arreglaremos lo mejor posible. De todos modos será apenas por tres meses, mientras expira el contrato.

—Tres meses...

No agregó más. La deprimía aquel cuartillo abarrotado y mal iluminado, que olía a ropa sucia, a humedad y clausura. Seguía de pies, con el niño en brazos, sin decidirse a dejarlo sobre la cama grande, revuelta, indeseable, que ya no parecía ser su antigua cama de matrimonio.

—Ni siquiera has mirado la cara de tu hijo...

Gilberto Ramos experimentó, por modo visible, una suerte de confusión casi avergonzada. Como si solo en ese instante las palabras de su mujer le trajesen al hecho de su paternidad, se volvió vivamente, con una vehemencia vacía, desmesurada:

—Pero cómo... Claro está... Ni más faltaba... Déjame mirarlo.

Ana Claudina se lo alargó fríamente y se quedó quieta, erguida, envarada. Luego dijo con un poco de veneno en la voz:

—Míralo... Es lindo... Tiene los piecitos perfectos...

— V —

A la mujer de Ramos —la de ahora, la que vino de Cali— le costaba trabajo recobrarle a sí misma. La maternidad la había embellecido. Seguía siendo amable con los parroquianos, y “La Revancha” conoció por entonces sus más prósperos días. Pero algo seco y frío, a pesar suyo, le

aridecía el corazón. Todavía le hubiera gustado tener, sola, el gobierno y la responsabilidad de la tienda, como en el tiempo en que Ramos permanecía ocupado todo el día en su trabajo de la Urbanizadora. La presencia continua del marido la exasperaba confusamente. A menudo él permanecía horas enteras echado en la cama, mientras Claudina atendía detrás del mostrador. Y si por excepción se veía precisado a salir, se apresuraba a regresar y hallaba siempre un buen pretexto para permanecer en casa hasta en aquellas ocasiones de la última tarde en que hubiera resultado agradable irse a jugar unas partidas de dominó en la tienda de Diofanor Sánchez con los viejos amigos.

Fue a consecuencia de esa conducta como Ana Claudina sintió nacer en su mente las primeras e indecisas sospechas. Tardó todavía meses en relacionarlas concretamente con la cuestión del dinero. Y aún esto no llegó a tener verdadero significado hasta el día en que le solicitó una cantidad importante para el comercial aprovisionamiento. Se la entregó después de algunas inexplicables dilaciones, justo la tarde en que ella regresó de fuera después de visitar a una vecina. Estaba representada en billetes algo enmohecidos que le dejaron en las manos un leve polvillo grisoso de frío y antigüedad.

Entonces tuvo la noción clara y concreta de aquella avaricia tenaz y solitaria, asociada a la idea de dinero encerrado, escondido, morosa y vergonzosamente acariciado, con manos trémulas y extasiados ojos, en algún oscuro agujero.

Quizá hubiera transigido a pesar de todo. Pero a la sazón Ramos mostraba ya, sin ningún ocultamiento, su sórdida naturaleza. La vez en que Claudina volvió a sugerirle la conveniencia de terminar la construcción, no solo se negó por modo rotundo a emprenderla sino que anunció su decisión irrevocable de renovar con los inquilinos del piso superior el contrato de arrendamiento. Los más pequeños gastos del sostenimiento hogareño le arrancaban airadas protestas. Y, por ejemplo, no fue sin violentarse hasta el absurdo como ella pudo arrancarle —eso era, arrancarle— unos pesos para pagar el ajuar de bautizo del pequeño que por tanto tiempo estuvo aplazado. Y fue venciendo su propia repugnancia como Claudina se vio precisada a tomar de lo realizado, metódicamente, algunos pesos para comprarse unas medias, un par de zapatos, un vestido de entrecasa.

A la par que odio lento y físico por su marido, la fue ganando una como sensación de envilecimiento, de descontento moral de sí misma, igual que si aquella escondida miseria la alcanzase y manchase como una mugre inevitable.

El casual descubrimiento del escondrijo no fue, en realidad, una sorpresa para ella sino tan solo la confirmación de obsesiva y prolongada conjetura. Pero operó el fenómeno de suscitarle allí, en la soledad, mientras el hijo dormía en la cama única del tabuco, una ira frenética que fue cuajando luego en decisión vindicadora.

Era, en su interior de mujer vejada, un tumor implacable que Ana Claudina se dio trazas para esconder con femenina cautela, por en medio de los días recelosos de la vida común, a la espera del momento definitivo.

Anohecía con lluvia sobre la grava oscura de la calle en declive. Gilberto Ramos —imprevistamente obligado a salir de su casa para atender una urgente llamada del urbanizador— llegó afanoso y calado. La puerta estaba cerrada. Golpeó una vez y otra, con creciente violencia. Nadie contestó. Se diría que la casa estaba sola pero él estaba seguro de que no era así. Golpeó de nuevo, iracundo y vociferante.

La puerta se abrió de par en par y tan brúscamente que Ramos retrocedió, instintivo, hacia la calzada, por cuyo borde corría el agua turbia y rumorosa de la intemperie. Allí, en mitad de la puerta, estaba Ana Claudina. Llevaba al brazo la canasta de mimbre que acostumbraba para el mercado. Estaba toda llena de dinero desatado y revuelto. Lo fue arrojando a la vía en manotadas rabiosas. Los billetes caían al azar, en el fango, sobre las piedras, sobre la corriente, y el hombre se lanzaba sobre ellos desesperado, angustiado, maldiciente. Los rescataba del agua, los perseguía en la huidiza corriente, caía, frenético y lamentable, sin lograr alcanzarlos todos.

Ella tiraba aún los últimos billetes, los más pequeños...

—Cochino... Chapín asqueroso... Cométe de una vez tu sucia plata y dejáme en paz...